

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

15 DE SETIEMBRE DE 1878.—NÚM. II.

Cosas de la semana.

Feria permanente.—Juguete humano.—Días feriados.—Desanimación.—Un argumento más.

Acaba de publicarse el correspondiente bando municipal.

En Madrid ya todo el año es feria. Pero estamos tan acostumbrados a ver convertida la corte en permanente mercado de cosas antiguas y modernas, que apenas pueden conseguir ni una mirada de curiosidad la serie de cajones que dentro de breves días permanecen alineados en correcta formación por las inmediaciones de Atocha.

¿Quiere esto decir que el mundo se ha cansado de feria? No señor; todo lo contrario. Es que la feria se ha hecho dueña del mundo.

En la tertulia, en el teatro, en la esquina de la calle, se encuentra uno a cada paso:

Muñecas que, no sólo dicen *papá* y *mamá*, sino otras cosas, que son causa muchas veces de que alguien se pegue un tiro ó se arroje por el viaducto de la calle de Segovia.

Abogados que sólo hacen escritos de cajón.

Monigotes de cartulina que pasan por caballeros, fuman, montan a caballo, saben ir solos á la esquina del Suizo, y no dejan tras sí más rastro que el humo de un cigarro.

Arlequines políticos que funcionan á gusto del que sabe tirarles de la cuerda.

Actores de *carton-piedra*, que se mueven á compás y hablan por máquina.

Capillitas protestantes.

Cajas de ovejas y pastores disidentes.

Pelotas invisibles que siempre se quedan en el tejado.

Hombres de talla que se caen al suelo de un capiroto.

Espadas enmohecidas.

Pistolas con infelices ciudadanos que se las disparan.

Hojas de servicio tan limpias que están pidiendo una doble mano de jabón y agua caliente, y otras tan curiosas que relucen como la plata.

Libros del siglo pasado con la fecha corriente y encuadernación de moda.

Montones de comedias *originales*... del francés, y otras francesas traducidas á un español que no entienden ni los franceses ni los españoles.

Trastos viejos y jóvenes.

Pucheros de Alcorcón, que suelen tomarse por cabezas de talento.

Y melones de frac y corbata blanca.

Si acaso dudais de que todos los días son *feriados*, preguntádselo á cualquiera de los infinitos ciudadanos que cobran del presupuesto y no van á la oficina.

En nuestra literatura dramática contemporánea, además de otras ferias notables, hay una muy conocida en el teatro y fuera de él... *La feria de las mujeres*.

Se necesita tener valor para asegurar que las ferias van de capa caída!

No puedo permitir tal calumnia, ni siquiera tratándose sólo de la insignificante del paseo de Atocha.

Id dentro de pocos días por las inmediaciones de Atocha, y vereis novias riñendo con sus novios, porque les han comprado á otras media libra de acerolas; chicos llorando porque sus papás no les compran una cajita de husares; matrimonios cargados de vidrio, renegando de que sean tan necesarios sus servicios; vendedores poniendo el grito en el cielo, y nubes de chiquillos empeñados en trasladar á su casa hasta el último juguete de los puestos.

Apesar de todo, habrá quien diga que ya se acabó la animación de las ferias.

Y no faltará algún periódico de oposición que eche la culpa de todo al Gobierno.

JOSÉ SOTILLO.

La predicción del tiempo.

Siempre ha sido uno de los más vehementes deseos de la humanidad el de anticiparse á los sucesos, sobre todo á aquellos que por su índole afectan á la generalidad. No contentos los hombres con saber lo que pasó y lo que sucede, aspiran á conocer lo que está por venir, y desde el origen del mundo esfuerzan su inteligencia, sin obtener grandes resultados en este sentido. Este es el motivo de que en todo

tiempo hayan alcanzado éxito los que, creyendo ó fingiendo tener la clave de sucesos futuros, se han presentado con los nombres de adivinos, nigromantes, agoreros, profetas y otros no menos pomposos.

Las gitanas y los autores de calendarios no son tipos especiales de nuestro país ni de nuestra época: lo son de todos. La pitonisa del templo de Delfos y la astrología, nos recuerdan que ni las religiones ni la ciencia misma han podido librarse de preocupaciones, y han rendido culto al deseo de los vaticinios.

Entre las manías de vaticinar hay una, de la que difícilmente se encontraría un solo individuo que no esté afectado más ó menos: me refiero á la de predecir el tiempo. No puede negarse que hay ciertos signos que indican de una manera indudable los cambios del estado atmosférico, como que estos signos son siempre causas ó resultados de los mismos; pero todos ellos no son bastantes á justificar las pretensiones de los *Zaragozanos*, *César-Augustos* y otros que, áun después de muertos, nos hacen la merced de anunciarnos con gran anticipación los días que va á llover ó granizar, sin duda para evitar á los empresarios de toros que pongan en los carteles su tradicional—si el tiempo no lo impide,—que apesar de todo, continúa siendo de rigor, como otras advertencias análogas.

No sólo en nuestro siglo, sino en nuestros mismos días, la predicción del tiempo era una quimera explotada solamente por empíricos y charlatanes, que á precios más ó menos moderados vendían sus pronósticos, hechos de una manera bastante elástica para que se adaptasen á todas las situaciones. La socorrida fórmula de *Uubias, nieves ó vientos*, al indicar los cuartos de la luna; la no menos cómoda de *borrascas en la mar*, al señalar los equinoccios, con las que anunciaban calor en el verano y frío en el invierno, formaban y forman todavía lo más fundamental de las predicciones de esos sabios de ciencia infusa que se dedican á componer y explotar calendarios.

De muy antiguo se vienen observando en algunos animales, principalmente aves, ciertos signos que indican la proximidad de las variaciones atmosféricas; esto, unido á la dirección de los vientos y á la aparición de nubes de una ú otra forma por tal ó cual lado del horizonte, es lo que sirve á los pastores y campesinos para fundar sus pronósticos, que, si bien formados de una manera empírica, pocas veces dejan de salir ciertos.

Además del empirismo, la ciencia tiene también sus medios racionales de saber con alguna anticipación la proximidad y naturaleza de los cambios atmosféricos. La presión del aire, su grado de calor, la humedad que lleva y la procedencia ó dirección del viento, indicadas por los instrumentos respectivos, han dado lugar á observaciones y suministrado bastantes datos para poder formar juicios y cálculos sumamente aproximados acerca de esta materia.

Pero todos estos cálculos y juicios, aunque más ciertos y mejor fundados que los empíricos, tienen como ellos el inconveniente de anticiparse muy poco á los acontecimientos, y por eso se les ha dado no más que un valor limitado y relativo. Los pronósticos sólo pueden hacerse con algunas horas de anticipación y de una manera defectuosa.

La misma física parecía haber desistido del propósito de conseguir que la *meteorología* fuese una ciencia que diera á conocer anticipada y racionalmente todas las vicisitudes atmosféricas, cuando el genio de los americanos ha venido, si no á resolver el problema, á obtener casi los mismos resultados que se alcanzarían si estuviera resuelto.

Lo que han hecho para conseguir esto, que por tantos siglos se ha intentado en vano, ha sido no más que levantar sus miradas y propósitos un poco más altas del techo de su casa; dejarse de ilusiones y esfuerzos aislados, y unir gran número de observaciones simultáneas para deducir de ellas, no lo que ha de suceder, como se hacía ántes, sino lo que está sucediendo, que es lo que se practica hoy.

La única nación que hasta ahora ha montado el servicio meteorológico de una manera completa, son los Estados-Unidos.

Allí abundan las estaciones y observatorios de esta índole, que están á cargo de un numeroso é inteligente personal facultativo, y en comunicación telegráfica directa con la estación central, donde se reúnen las observaciones ordinarias y extraordinarias que se hacen en todos ellos. Nada sucede en la atmósfera de la dilatada república, sin que inmediatamente se sepa en la capital y sea comunicado por todos los ámbitos de la nación y áun del mundo. Así, en el momento en que la depresión de la columna barométrica indica la formación de una tempestad en cualquier parte, la estación central recibe el aviso, y como al mismo tiempo tiene noticia de todos los puntos adonde alcanza, conoce la dirección y velocidad con que marcha, calcula los sitios por donde ha de pasar, y lo avisa, indicando hasta la hora en que ha de verificarlo, sin que en ello haya nada de extraordinario ni sobrenatural.

Hoy se sabe la marcha que toma una tempestad, lo que corre en un tiempo dado, y se anuncia su llegada á un sitio por donde ha de pasar, lo mismo que en los ferrocarriles se anuncia la marcha de los trenes, sus salidas y entradas en las diferentes estaciones.

Este servicio no está organizado solamente para los centros científicos y para el Gobierno; lo está para el público. Los municipios reciben partes diarias y tienen obligación de exponerlos en sitios donde puedan ser leídos por todo el mundo, y además, haciendo una especie de suscripción, pagando cierta cantidad mensual, cualquier ciudadano recibe todos los partes en su casa, lo mismo si vive en las ciudades que en el campo.

Así los labradores, los marinos y todos aquellos á quienes interesa conocer las vicisitudes atmosféricas, las saben con tiempo, y tienen lugar de tomar sus precauciones y evitar muchos desastres. De esta manera nos anunció el telégrafo que una tempestad había salido con dirección á Europa y debía llegar á las costas de España el 11 del actual, y efectivamente, el día anunciado hubo tempestad en diferentes puntos de la Península, y fuerte temporal en la costa portuguesa.

La tempestad empleó tres ó cuatro días en cruzar el Atlántico; el telégrafo sólo algunas horas, y éste es el fundamento de los vaticinios que en otro tiempo hubieran dado algún quehacer al Santo Oficio: la rapidez con que el telégrafo trasmite las noticias.

Lo sensible es que en todas las naciones no esté establecido el servicio meteorológico, como en los Estados-Unidos. El día que esto suceda, lo mismo que sabemos con anticipación la llegada de los temporales procedentes del Norte de América, sabremos la de los que proceden de Levante ó cualquier otra parte del mundo. Todos los países, y Francia en primer término, hacen esfuerzos muy laudables para llegar al fin apetecido, destinando cuantiosas sumas al establecimiento y organización de estos servicios, que tanto bien han de reportar á la humanidad. Entre nosotros no hay noticia de que se haga nada en este sentido, si no son algunas rogativas al Altísimo para que nos libre de calamidades; pero como siempre nuestras obras han de ser incompletas, olvidamos que el refrán nos dice: *A Dios rogando y con el mazo dando*.

BRUNO AMELAY.

La esclavitud del oído.

¿Quién se atreve á llamarse independiente? ¿Qué eslabon puede por sí solo formar una cadena?

Las relaciones sociales ligan á los hombres entre sí de tal suerte, que el más poseído de su poder, es dependiente en algo de ajenas voluntades. Generalmente los hombres más encumbrados son los menos libres.

El ministro está asediado de pretendientes, amenazado por las oposiciones y sujeto á una investigación continua; hasta la historia guarda un blanco en una de sus páginas para escribir los hechos de esos activos funcionarios que se sacrifican por la madre patria.

¿Aun dentro del cuerpo humano no hay órgano que se halle fuera de la acción de otro. Entre el estómago y la cabeza hay relaciones notorias. Según dice un adagio, *con una mano la otra se lava, y con las dos la*

cara, y es principio vulgarmente aceptado que *tripas llevan piernas*.

No es, pues, posible que un órgano determinado proclame su independencia, solamente practicable por medio de la *amputación*.

Casi todos los defectos y las virtudes consisten en la preponderancia de determinada parte del cuerpo sobre sus compañeras. Cuando un hombre *pone pies en pared*, hace el asunto más insignificante cuestión de gabinete; si se acobarda y cede *llama á talones*, y si venciendo su temor afronta el peligro, *hace de tripas corazón*.

El individuo puede anular por un momento la acción de un órgano determinado por su sola voluntad. A la vista de un espectáculo que le repugne, puede cerrar los ojos, y al pasar cerca de un sitio determinado, taparse las narices, pero no puede permanecer siempre en posición de verse privado de la vista y del olfato.

No son, sin embargo, estos sentidos los que más frecuentemente sufren rudos golpes.

Segun cierta doctrina, base hoy del régimen político de Europa, todo ciudadano tiene deber de consentir que los demás hagan lo que legalmente pueden hacer, y derecho á ser respetado en aquello que le plazca ejecutar dentro de lo que la ley permite. La libertad de Pedro es deber en Juan, y al contrario. Los derechos y los deberes son correlativos; forma no muy clara de expresar lo que gráfica y elegantemente dijo el Cristianismo ántes que ninguna escuela política: «Lo que no quieras para tí, no lo quieras para nadie».

Apesar de esto, el movimiento y el bullicio social producen en cierto sentido importantísimo fuertes sensaciones. En manifestos, periódicos y arengas, se han proclamado toda clase de libertades; la del trabajo, la del amor, la del cambio, la de enseñanza y la de cultos. Ningun político se ha ocupado de la libertad del oído, en contraposición de la licencia de la palabra. Fuerte cosa es que sin que se haya establecido en el pacto social de antaño, cuyas fórmulas son por desgracia completamente desconocidas, tengamos todos que sufrir una serie no interrumpida, de rayos exageradamente sonoros, que después de recibidos y reflejados hacen una impresión demasiado fuerte en el nervio auditivo.

Desde que un individuo se despierta, puede prepararse á sufrir toda clase de sonidos articulados y no articulados, cultos y salvajes, *fortes* y pianos. Apenas apunta el alba, el repiqueteo prolongado que da en las puertas de las casas el conductor de las burras de leche, más tarde la murga y después el organillo; los gritos de los vendedores y el rechinar ruido con que anuncia su paso el comerciante de petróleo, denotan hasta qué punto ejerce el ruido su despotismo nada ilustrado.

Lo peor del caso es que mientras los más feroces invasores anuncian su llegada para que huyan los cobardes ó se preparen los valientes á la defensa, el ruido nace atronador desde el primer momento, no hay gradación en su ataque, y áun después de terminado éste deja como retaguardia molestas vibraciones.

El ruido, como todos los galanes de comedia, tiene un criado que se llama *Eco*. El papel que desempeña es generalmente gracioso, aunque á veces sirve de asunto á poesías exóticas. No hay amante que no haya cantado algunas endechas al eco de la voz de su amada, después de dedicar las flores de su ingenio al murmullo del arroyo y al ruido del torrente.

El rechinar de un grillo que se oye desde un globo á 800 metros, y el silbido de una locomotora que se percibe á 300, son dos ruidos bien diferentes, y forman la cabeza y el extremo de la escala de las sonoridades á cierta altura.

Un aeronauta hizo en una de sus últimas ascensiones algunos notables estudios. Según afirma, el ruido de un convoy de ferrocarril se oye en el espacio á 2.500 metros de la tierra, áun cuando el tren lo sea de recreo, que es el más alborotador, y un cazador disparando, seguido de un perro que ladra, denotan su presencia al observador que se encuentre en el aire á una distancia de 1.800 metros.

Dedúcese de aquí que ni áun en el espacio está libre el oído del despotismo del ruido. Para los que vivimos en tierra es intolerable. El aficionado al piano que se

pasa todo el día tocando escalas, la criada que canta seguidillas á grito pelado, la vendedora de décimos de la lotería que pregona á todo pulmón el día del sorteo, constituyen una serie de molestias que se extienden á muchísimos metros del sitio donde se lanza el grito punible.

Los hombres asediados de pedigueños suelen *no dar oídos* á ciertas pretensiones, y el consejo más saludable dado al pertinaz en el vicio, *le entra por un oído y le sale por el otro*.

Hablar á uno de lo que le gusta es *regularle el oído* con el presente de la lisonja, y por desgracia el ruido que á ciertos hombres molesta menos, es el de la palabra del adulador.

Todo el mundo tiene la libertad de hablar, y nadie aduce en su pro el derecho de su oído á no ser molestado. Pero nadie puede librarse de oír lo que se le dice.

«Pega, pero escucha», dijo un filósofo á cierto tirano. Este, que para taparse las orejas hubiera tenido que soltar el palo, escuchó pacientemente. Ignórase lo que sucedería; pero la verdad es que áun no se ha recibido el parte de la casa de socorro. Aquel déspota tuvo que reconocer que por no estar falto de ningún sentido, tenía que sufrir en su oído las molestias de la palabra.

El hombre más orgulloso que dispenga de la suerte de sus semejantes, debe aprender que hay una cualidad que le hace dependiente de todos: *la esclavitud del oído*.

Para ser un perfecto tirano es preciso, pues, adolecer de una sordera incurable.

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

Al pan, pain, y al vino, vin.

Una de las extravagancias más ridículas, más comunes y más arraigadas en nuestra sociedad, es esa especie de monomanía, hoy tan generalizada, de usar en la conversación y en los escritos palabras pertenecientes á diversos idiomas, convirtiendo así nuestra hermosa, rica y expresiva lengua en un abigarrado conjunto de voces extrañas é incoherentes.

Agréguese á esto el moderno *culteranismo*, que, como el antiguo, pone singular esmero en combinar frases altisonantes y enrevesadas, desenterrando palabras usuales y corrientes, es verdad, en tiempos de doña Urraca, pero que hoy nadie entiende ni remotamente sabe lo que significan, y resultará que para comprender lo que algunos individuos hablan ó escriben, llegará á ser absolutamente preciso tener siempre á mano un diccionario polyglota que nos explique las equivalencias de cada palabra en cada idioma; pues de lo contrario, y al paso que lleva la moderna *españolista lingüística*, llegará día que, en España, pues á España me refiero, y á Madrid especialmente, convertida en nueva Babel, sea punto ménos que imposible el entenderse.

Y no es que yo sea contrario á que los idiomas se enriquezcan tomando de otras lenguas aquellas voces que, por carecer de análogas, necesitan para la mejor expresión de las ideas y de las cosas; no, y ántes al contrario, creo que debe hacerse así, pero únicamente en los casos en que la necesidad obligue.

¿A quién que piense un poco en estas cosas, que, aunque parezcan triviales, son, sin embargo, importantísimas, puesto que ellas, mejor que muchas otras, revelan el gran desprecio que de nuestra patria hacemos los españoles; á quién, repito, no ha de parecerle ridículo y pedantesco el uso, tan generalizado ya, de la palabra *soirée* en vez de *sarao*, siendo así que ambas voces, no solamente tienen idéntico significado, sino que casi suenan del mismo modo?

Y si fuese ésa la única palabra extranjera que, sin razon alguna que lo justifique, ha tomado carta de naturaleza aquende el Pirineo, áun pudiéramos darnos por contentos; pero son tantas, y hasta frases enteras, las que andan ya de boca en boca, que ya siendo preciso estudiar frances é inglés para entender á ciertos españoles... y guárdenos Dios de que á cualquier *gomo* de la *hig-lif* madrileña,—hablemos para muestra en su estilo,—de esos que hacen piruetas en el *Shating-Rink*, y entretienen sus ojos en el *Veloz-club* ó en otros círculos *comme-il-faut*, se le antoje aprovechar la estancia en Madrid del hijo del Ce-

este Imperio, Caen-Arr-Hee, tomando algunas leccioncitas de lengua chinesca, porque si tal sucediese, pronto sería moda dar las gracias en chino y las buenas noches en la lengua de Confucio, pues de tal modo y tan rápidamente se propagan esas lindezas pedantescas, que aún me maravillo de la velocidad asombrosa con que no há mucho tiempo llegó á Málaga, é hizo en ella estragos, el humor archipedantesco de cierto poeta cortesano y hasta académico por añadidura, y traductor ó corruptor del Dante, por más señas.

Y fué de este modo: Antojósele al buen señor escribir una epístola en tercetos, quejándose á un amigo por no sé qué cosas que suceden en el mundo, y que, en opinion del vate, no debieran suceder, y al efecto, «ó somos académicos, ó no lo somos», debió decir mi tercetista; «con que sépase quién es Calleja en esto de bien hablar...» y dicho y hecho, puso manos á la obra sin dar descanso á la pluma hasta que de ella brotaron todos los vocablos trasnochados que el autor hubo á mano, y cuantas frases estupidas pudo con ellos combinar... ¡Mal año para todos los poetas gongorinos del siglo XVII, si nuestro moderno fablista hubiere entre ellos nacido!... ¡Y cómo los habría dejado tamañicos con aquello de: uso de pueblos en su infancia imbele—sus antenatos fueros naturales—y para abreviar, aquellas altisonantes frases de furia herviente—sólito derecho—autoridad suprema—memoria infanda—paso indolente—holgazán braco—juegue con la sarsa—insólito tributo—caña feble, etc.!

¡Pues y aquello de: ¿el vecino rugir no sientes furo de borrasca á la nuestra precursora? no es verdaderamente admirable!...

Pues bien: aunque apenas vieron la luz los versos á que aludo, gracias á un señor Mendo (q. s. g. h., ya que no por lo que persiguiera á la prensa periódica, por el gran bien que hizo á las letras patrias privando de circulación la gongorina epistolar), hallaron, sin embargo, eco nada ménos que en Málaga, donde á los pocos días, otro poeta ó cosa así, escribió una oda, publicada después en un periódico de la corte, cuya oda del poeta malagueño daba quince y falta á la epístola del vate cortesano, pues en ella se hablaba del manantial prehistórico y aryanio, y del delubro antiguo arruinado, y de la eicial venganza, y de la gracil, parda nubecilla, y de qué se yo cuántas cosas más que en obsequio á la brevedad no cito, porque con la muestra basta y sobra para demostrar los estragos del gongorismo moderno, merced al cual, y al afán que todo el mundo tiene por introducir en la conversacion y en los escritos palabras extranjeras, dentro de poco, la geri—se hablará—gonza siguiente (dicho sea con permiso de Quevedo, quien tan poco estaba exento de pecado en este punto):

—¡Chico, qué imbele (1) te encuentro! ¿Estás malo?

—No; yo siempre estuve lo mismo Y tú, ¿no has hecho las paces con tu familia?

—Continúa tan furo (2) como siempre? No seas tan san facon, hombre; vuelve á tu casa, que al fin en ella hallarás un sistema de vida más confortable y económico que el de los hoteles y restaurants.

—¡Phis!.. Ya hablaremos de eso, y adios, que estoy convidado á comer en casa del conde de Galapagar, quien, por cierto, tiene un cocinero excelente; mira, mira, que menu nos dió el otro día.

(Saca de la cartera una preciosa tarjeta y lee.)

MENU.

POTAGE. Purée bisque aux écrevisses.

RELEVÉ. Venaison á la Chasseresse.

ENTRÉES. Saumon, sauce Tartare.

Les filets d'oise á la Toulousaine.

LÉGUMES. Artichauts au jus.

POT. Roastbeef anglaise au cressons.

Salade. Charlotte au Chantilly.

Glace aux noisettes. Desserts.

—¡Magnífico, chico, magnífico! ¡Bien se conoce que el de Galapagar es persona que lo entiende!

(1) Imbele, adj. ant. Débil, flaco, sin fuerzas.—(Diccionario de la lengua española.)

(2) Furo, ra, adj. Indómito, sa'yaje, adusto, hurano.—(Idem id.)

Yo como hoy en «Los Cisnes», á la carte, pues ya sabes que sirven bastante bien, y luego iré á un baile á que estoy convidado; debe ser una cosa así, sui generis; mira el billete.

El billete decía lo siguiente:

TEATRO DE LA BOLSA. Masked Balls at the Madrid Skating-Rink

The Committee has the honour of inviting you to the Skating Ball that will take place on the of at 9 pm.

The committee Gentlemen's ticket—Society dress.

(Es copia.)

—Chico, deberá concurrir á ese baile una sociedad muy distinguida, puesto que invitan en inglés...

—¡Quién sabe!... Acaso me hallaré solo entre horteras y modistas. Conque, addio, mio caro.

—¡Hola, hola! ¿Tambien hablas italiano?

—Psih... de todo un poco, de todo un poco.

Diálogos como el que antecede pueden oirse todos los días en tertulias, en teatros y en paseos; y siendo esto así, ¿no tendré razon si digo que debiéramos los españoles modificar aquel refran que dice: Al pan, pan, y al vino, vino, diciendo: Al pan, pain, y al vino, vin?

WERTER. Una baja.

Todos los días pregona la fama el nombre y los hechos de infinitas personas, que seguramente no valen tanto como el sér anónimo de quien voy á ocuparme.

La prensa, que tantos elogios tiene para las damas aristocráticas que reciben, para los artistas que bailan ó cantan, para los políticos que medran y los generales que se ilustran, es bien lacónica cuando se ocupa de mí héroe.

Habla de una batalla ó de un encuentro, y sólo dice: «Hubo tantas bajas».

Pues una de estas bajas, cualquiera que sea, es la que pretendo ofrecer á la admiracion y á la gratitud de los lectores.

Ni el pincel, ni el buril, ni la pluma, ni el lápiz, trabajan para él.

Sobre su sepultura no se coloca piedra alguna.

Todo lo que de él queda es un recuerdo que una madre graba en su corazón.

Una hermana ó una amada vierten algunas lágrimas.

Los amigos se contentan con exclamar: «¡Pobre muchacho!»

Y el país, es decir, el que ha recibido en sus aras el sacrificio del infeliz soldado, cumple diciéndose: «Hemos tenido 20 bajas, pero las del enemigo han sido mayores».

Pues bien: la baja nace en un pueblo donde apenas hay escuela.

Desde niño sufre y trabaja.

De muchacho juega y hace diabluras, pero respeta á su padre, al cura del pueblo, al alcalde, y por regla general, á los mayores.

De mozo siente en el alma el dulce sentimiento del amor.

Ronda á su amada, le canta coplas, y los domingos baila con ella.

Hé aquí toda su felicidad.

Apénas hay carreteras en su pueblo, y lucha, si es arriero, con las incomodidades de las sendas. Si es labrador, trabaja y sufre las inclemencias del tiempo y las zozobras que inspiran las cosechas.

Sabe que hay que pagar una contribucion en dinero, y desde niño le amenaza otra más triste aún.

Llega por fin el día del sorteo.

El mozo se convierte en quinto. Momento doloroso el de la despedida.

¡Adios, padres; adios, hermanos; adios, mujer amada; adios, amigos; adios, iglesia del pueblo; adios, campos regados con el sudor de su frente!

Esta pena se ahoga cantando.

El quinto se hace soldado. A la madre sucede la ordenanza, al hogar el cuartel.

Cuando hay guerra, ya es otra cosa.

Calor que abrasa, frío que hiela, raciones... cuando las hay, y como las hay... pero entónces se lucha por la patria, y el soldado se olvida de todo: sólo recuerda que es español.

Se bate cuerpo á cuerpo, carga á la bayoneta, toma barricadas, penetra en las trincheras enemigas... y una bala le deja muerto.

Entónces, cuando el general llega, cuando su caballo va contando los muertos al pasar sobre ellos, el país saluda al héroe, y los cabos cuentan las bajas.

¡A veces, una baja decide una victoria! En el combate hay infinitos rasgos de heroismo que se conservan en la tradicion de los regimientos.

Para el público no hay más que bajas. Cuando las madres oyen leer que ha habido bajas, tiemblan y lloran.

Sus lágrimas no se pierden nunca. Las bajas son hijos.

Y todas las madres sienten esas muertes oscuras.

Las bajas hacen de todas las madres hermanas, porque todas son hijas del dolor.

Las bajas de todas las guerras de España constituyen toda la gloria militar de nuestra nacion.

JUAN DE MADRID. Libros nuevos.

EL ÁNGEL CAÍDO ó LA MUJER. Poema familiar por D. Manuel Henao y Muñoz.—Madrid, 1878. Góngora y compañía, editores.

El asunto del poema no puede ser más simpático; la significacion del autor no puede ser tampoco mejor: la edicion hecha del libro por el Sr. Góngora es elegante y correcta. Con semejantes auspicios parece asegurado el éxito de una obra; y, sin embargo,—debo decirlo con leal franqueza,—el poema El ángel caído sólo se recomienda por las circunstancias anteriormente consignadas. Al proceder á su lectura, al avanzar en ella y al darla por terminada, ningun interes despierta en el ánimo, ninguna grata impresion deja en pos de sí. El Sr. Henao se ha propuesto pintar á la mujer en las diferentes fases de su existencia, para hacer resaltar el triunfo de la virtud y los peligros de la debilidad; pero la ejecución no corresponde á lo levantado del propósito.

Y es que para una obra de esta índole no basta la buena intencion: necesitase, por el contrario, poética inspiracion, creadora fantasía, galas de lenguaje, profundidad de pensamiento. El poema El ángel caído carece de semejantes condiciones. Es una metódica exposicion de sucesos vulgares, hecha casi toda en romance y sin los vuelos que hay derecho á exigir de quien entrega al juicio público un extenso poema. Ni siquiera puede aducirse en abono del autor la circunstancia de estar la obra bien versificada: esto, en un país donde, si existen pocos poetas buenos, abundan versificadores excelentes, es una falta imperdonable.

No es dudoso que en obras de diferente índole conseguirá el Sr. Henao recuperar el buen concepto de que goza en la república de las letras: como poeta lírico no podrá conseguir más que severas censuras de la critica. La benevolencia que caracteriza mis humildes escritos no ha encontrado en el poema nada en que fundarse. Si es cierto aquello de que Aliquando bonus dormitat Homerus? fuerza es confesar que el autor de El ángel caído habia cogido un sueño profundo, y durante él escribió las trescientas páginas en 4º de que consta el poema.

BIBLIOTECA CLÁSICA.—Homero. «La Iliada», traducida del griego al castellano por D. José Gomez Hermosilla.—Madrid, 1878. Imp. á cargo de V. Saiz.

Importantisima para todos los amantes de las letras es la Biblioteca clásica que publica en esta corte el editor Sr. Navarro. Imposibilitados muchos de ellos de conocer en su lengua originaria las obras más eminentes del ingenio humano, han tenido que farse de traducciones, no siempre fieles, ó recurrir á extraños idiomas para satisfacer su deseo. La Biblioteca clásica tiene á evitar este mal, reproduciendo de las antiguas literaturas las traducciones más exactas, confiando su correccion á los literatos más distinguidos de nuestra patria, y formando lentamente una coleccion que ha de ser buscadísima por los eruditos y por el público. Para empezar dignamente su empresa, se fijó en La Iliada, y le consagró los tres primeros volúmenes de la coleccion; volúmenes que tengo á la vista, y á cuyo examen necesito consagrar algunos párrafos.

La traduccion hecha por Hermosilla del poema griego excede con mucho en exactitud y valia á todas cuantas la precedieron y la han seguido, desde la imitacion hecha por Juan de Mena hasta el día. La fidelidad de la version, el profundo conocimiento del poema y la interpretacion genuina de su carácter, el sabor homérico, por decirlo así, que dicha version encierra, la hace estimable en sumo grado; cierto que en toda traduccion hecha en verso castellano no es dable seguir literalmente en muchas ocasiones la frase del original, pero ya es mucho que hayan logrado conservarse el tono, la sencillez de expresion y el carácter de la obra. El eminente helenista Sr. Menéndez Pelayo llega á encontrar en la traduccion de Hermosilla hasta versificación fluida y armoniosa: yo sólo la

he encontrado atildada y correcta, en ocusiones dura, y pocas, muy pocas, elegante y verdaderamente poética. Muy buena voluntad es necesaria para hacer que el elogio traspase estos límites: de todas maneras, la fidelidad con que está hecha justifica sobradamente que la eleccion del señor Navarro haya recaido en ella al inaugurar con La Iliada su Biblioteca clásica.

La traduccion consta de tres tomos, como queda dicho. Comprende el primero el discurso preliminar de Hermosilla y los doce primeros cantos del poema; terminase éste en el tomo segundo, y en el tercero se inserta un erudito y concienzudo estudio del Sr. Menéndez Pelayo, bibliográfico-critico, sobre Hermosilla y su poema; el examen de La Iliada por su traductor, hecho, segun el citado Sr. Menéndez, con critica pobre y estrecha, aunque sana, que para más la atencion en las figuras y alios retóricos que en las grandes bellezas, y ajena en lo demás á casi todas las cuestiones suscitadas por la critica moderna; y cierran el volumen las notas de Hermosilla á su traduccion, muy dignas de aprecio por la erudicion filológica de las mismas.

El editor de la Biblioteca, imposibilitado de seguir en la misma un orden cronológico ni una clasificacion que habria de privarle de suscritores, y con ellos de los recursos que exige una empresa de tal magnitud, alternará la publicacion de obras de todas las literaturas y de todas las épocas, dando á nuestros clásicos la importancia y preferencia que reclaman. De aquí que habiendo empezado con La Iliada, siga con El viaje al Parnaso y las Novelas ejemplares, de Cervantes, y que simultáneamente tenga en preparacion Los nueve libros de la Historia de Herodoto de Holicarnaso, traducidos por el P. Bartolomé Pou, de la Compañía de Jesus, y sus interesantísimas Memorias del difunto D. Antonio Alcalá Galiano.

La Biblioteca clásica merece seguramente todo el favor del público.

OSORIO y BERNARD.

El Barbero.

No sé si su origen se remonta á los tiempos fabulosos, ni si el primer maestro en el arte capital y difícil de cortar el pelo y rapar la barba, fué aquel célebre barbero del rey Midas de quien dicen que no supo guardar un secreto aunque le importaba la vida conservarle; pero lo que no dudo en afirmar, es que si el barbero existió ya en los tiempos mitológicos, á él más que á las infidelidades de Júpiter, y á los celos de Venus, y á las rapacidades de Mercurio, y á las travesuras de Cupido, débese que el Olimpo fuera, más que una region celestial, revuelta casa de locos, asilo de embustes, refugio de chismes y semillero de disputas, donde no habia secreto que no se publicara, ni rivalidades que no concluyesen por turbar el reposo de la celeste morada, ni mentira que no se aceptase como verdad de á folio.

Y no se crea esta afirmacion infundada. Con el tiempo ha cambiado el modo de ser de todas las profesiones. La variedad de fortunas ó la diferencia de hábitos sociales parece que no existen, porque las costumbres se parodian y las fortunas se fingien. Hoy no se ven como en otras épocas tipos sociales con vida propia independiente de la de los demás hombres, y con distintivos que los caracterizan y retratan con entera exactitud; y sin embargo, el barbero, partidario de todas las mudanzas y de todas las revoluciones, no ha cambiado en la esencia; es siempre el que con su charla y sus dichos picantes y sus animados cuentos y sus graciosas mentiras, hace de sí mismo un periódico de noticias, de censura casi siempre, y de su tienda un templo el más egregio y concurrido de todos los en que se rinde ferviente culto á la diosa conversacion.

¡Pero Dios nos libre de llamar chismoso al barbero! Seria capaz, si lo supiese, de contar al primer parroquiano que cayese en sus manos toda nuestra vida, y aun todos nuestros milagros, pues si ninguno hemos hecho, á la imaginacion del barbero no le habia de ser difícil inventarlos.

No, con el barbero no son posibles las bromas. Es un Mirabeau estrechado en las cuatro paredes de una barbería. Se parece á los diputados que hablan sin ton ni son, en que el barbero toma su barbería por el Congreso, y los charlatanes el Congreso por barbería.

El barbero es un tipo de todas partes, porque en todas partes existe con una fisonomía especial que pregona la independencia de la noble clase de los peluqueros. El día en que la raza de los judíos muriese, brotaría de la tierra el oro que durante su viaje de diez y nueve siglos ha enterrado esa raza en todos los lugares del mundo; el día en que desaparecieran los gitanos podrá cualquier niño comprar un caballo sin el temor de que, sobre cobrarle mucho más del justo precio, le den gato por liebre, ó lo que es igual, caballo viejo y con resabios, por brioso potro de arábiga raza; el día que se mueran todos los barberos, el mundo podrá no vestirse de luto, pero se quedará mudo una buena temporada.

El barbero andaluz, son la honra, prez y orgullo de la clase, pues no debe olvidarse que ésta es la patria de Figaro, el célebre barbero de Sevilla, tan diestro en manejar la guitarra como en favorecer galanteos, tan consumado rapabarbas como inventor feliz de las más graciosas travesuras y de los más chistosos enredos. Si en el fondo el barbero es hoy lo mismo que ayer, en la forma ha sufrido un cambio notable.

Antes, su barbería era el centro de todas las conjeturas, y él el jefe de todos los motines, tanto que desde Lamparilla hasta Calleja, desde el héroe de Lavapiés hasta el revolucionario de la Fontana de Oro, no habia un solo barbero que no hablase mal del gobierno, no se sabe si

por devocion á la libertad ó por amor á la parroquia, y que no predicase en favor de la democracia, apesar de que á sus parroquianos tratábalos siempre, más con admirador servilismo, que con arreglo á los principios de igualdad.

Hoy es diferente. El barbero ha dejado de llamarse el tío Pedro ó Perico, y de ser sacamuelas y sangrador, para convertirse en el Sr. D. Pedro, aspirante á médico ó á diputado, que es habla de artes, de alta política, del último drama de Echegaray, de las novelas de Galdós ó Valera, de la ópera recientemente estrenada, del movimiento científico de la humanidad, del movimiento, en fin, pues si no os habla de la filosofía krausista, no es porque no se crea capaz de disertar sobre el yo y de sorberse todo el *royó* que le presenten, sino porque teme que no le vaís á entender y no quiere rebajar su cultura, poniéndola al contacto de vuestra limitada inteligencia.

Antes era el fiel guardián de su barbería; ahora apenas si pasa un momento en ella; antes la silla en que él servía era la más solicitada por sus clientes, que muchas veces dejaban pasar el turno con tal de ser peinados ó afeitados por el maestro, y hoy no trabaja más que en las grandes festividades ó en los grandes apuros; antes era casi siempre propagandista revolucionario; hoy es poderosísimo agente electoral, y no aspira más que á que los favores que el diputado del distrito le debe se los pague con un destino.

¡Pero qué he dicho! Rectifico; sí, señores, rectifico: el barbero es un héroe; nadie tan digno como él de consideracion y aplauso. Propongo que, en honor al barbero, se levante una estatua cuando España entre en la costumbre de levantar estatuas á los grandes hombres.

¿Cómo ese cambio, se preguntarán ustedes?

Pues es muy fácil de explicar. Porque siento correr por mi cara la fria y afilada navaja del barbero. Porque... me estoy afeitando.

MIGUEL MOYA.

La estatua de Girard.

EXPOSICION DE PARIS.

En el vestibulo norte del Campo de Marte, delante del grupo colosal de productos metálicos sobre que se destaca la estatua ecuestre de Carlomagno, se ha colocado hace pocos días un objeto de arte, de gran interes.

Es la estatua de Felipe Enrique de Girard, célebre ingeniero é inventor de principios de este siglo.

Hay pocos hombres á quienes la injusticia de la suerte haya probado tan despiadadamente.

Felipe de Girard nació en Louvain, lugar del departamento de Vancluse, en Francia, el día 1.º de Febrero de 1775; murió en Paris, durante el mes de Agosto de 1845.

Emigrado durante la revolucion, enseñó en Niza la química y la historia natural, y volvió á Paris en 1806. Hubo allí aquel año una exposicion en la cual Felipe de Girard se hizo notar por la invencion de una lámpara hidroestática que produjo grandes modificaciones en el alumbrado.

Pero lo que ha inmortalizado su nombre es la invencion provocada por un decreto imperial de 7 de Mayo de 1810, que prometia un premio de un millon de francos al inventor de la mejor máquina para hilar el lino. Dos meses despues de este decreto, Felipe de Girard se proveía de un privilegio de invencion en el que describia numerosas máquinas ejecutadas en diversos talleres de hilados que él habia establecido en Paris, de 1806 á 1810.

El imperio fué derribado antes que el jurado instituido especialmente para decidir sobre el mérito de estas invenciones hubiese podido pronunciar su veredicto. Este contratiempo trajo el mayor desarréglolo para las empresas del inventor. Este no pudo pagar las deudas que habia contraído para establecer sus talleres; el nuevo gobierno no quiso auxiliarle, y el desgraciado fué puesto preso, por deudas, en Santa Pelagia.

Habiendo ofrecido ventajosas condiciones el gobierno austriaco á Girard si quería ir á Viena para fundar allí talleres de hilado de lino, éste aceptó. Salíó de la prision y partió para la capital de Austria, donde permaneció largos años, volviendo á Paris en 1844.

Perseguido de nuevo por sus acreedores, tuvo que ocultarse hasta el año siguiente, que teniendo ya setenta años, le leyó la pena al abrigo de la prision por deudas.

Murió algunos meses despues, sin haber podido obtener nada de M. Cunin-Gridaine, ministro de Agricultura y Comercio, apesar de la intervencion de personas importantes.

En 1853, los derechos y el genio de Felipe de Girard fueron reconocidos un poco tardíamente por el gobierno, el cual presentó al Cuerpo legislativo una ley, por la que se concedió una pensión de 6.000 francos á su hermano José y á su sobrino.

Se conserva de este sabio una «Memoria» al rey, á los ministros y á las Cámaras sobre la prioridad debida á la Francia, en la invencion de las máquinas para hilar el lino.

Felipe Enrique de Girard está representado en el Campo de Marte sentado en un sillón, y teniendo en la mano un compas.

—¿Es cierto que ha ganado usted veinte millones comerciando en pieles?—preguntaron á un capitalista.

—Sí por cierto.

—No se comprende.

—Nada más natural: las pieles con que yo he comerciado tenían dentro negros.